

la otra sombra de su compañera que parecían tan ligeras al viento:

E paion si al vento esser leggieri.

»Rimini, Pésaro, Fano y Sinigaglia me llevaron a Ancona sobre puentes y caminos dejados por los Augustos. En Ancona se celebra hoy la fiesta del papa, y oigo la música en el arco triunfal de Trajano: doble soberanía de la ciudad eterna.»

«Loreto, 5 y 6 de octubre.

»Hemos venido a dormir a Loreto. El territorio presenta un modelo perfectamente conservado de la colonia romana. Los aldeanos arrendatarios de Nuestra Señora viven cómodamente y parecen felices; las aldeanas, hermosas y alegres, llevan una flor en sus cabellos. El prelado gobernador nos dió hospitalidad. Desde lo alto de los campanarios, y desde la cima de algunas eminencias de la ciudad, se contemplan risueñas perspectivas sobre las campiñas, sobre Ancona y sobre el mar.

»A las doce de la noche estaba yo recogido en un lecho de ocho pies cuadrados, consagrado por Bonaparte: una lámpara disipaba apenas la obscuridad de mi cuarto; de repente se abre una puerta pequeña, y veo entrar misteriosamente a un hombre acompañado de una mujer que llevaba un velo echado. Me incorporé sobre el codo, y le miro. El se acerca a mi cama y se apresura, inclinándose hasta el suelo, a pedirme perdón por turbar de aquel modo el sueño del señor embajador; pero es viudo; es un pobre intendente que desea casar a su *ragazza*, allí presente, pero, por desgracia, le falta algo para su dote. En esto levanta el velo de la huérfana, que era descolorida, muy bella y tenía los ojos bajos con una modestia pudorosa. Aquel padre de familia quería, al parecer, marcharse y dejar a la novia que me concluyera su historia. En aquel peligro inminente no pregunté al obsequioso infortunado, como preguntó el buen caballero a la madre de la muchacha de Grenoble, si era virgen, sino que, cogiendo apresuradamente algunas monedas de oro de la mesa que estaba junto a mi cama, se las di, para hacer honor al rey mi amo, a la *zitella*, cuyos ojos no estaban hinchados en fuerza de haber llorado. La joven me besó la mano con infinito reconocimiento: yo no pronuncié una palabra, y vol-

viéndome a dejar caer sobre el inmenso lecho, como si quisiera dormir, desapareció la visión de San Antonio. Di gracias a mi patrón San Francisco, cuya fiesta era aquel día, y permanecí en las tinieblas, medio risueño y medio pesoso, profundamente admirado de mis virtudes.

»Así era, sin embargo, cómo yo sembraba el oro y era embajador, alojado con toda pompa en casa del gobernador de Loreto, en aquella misma población en que el Tasso se había visto hospedado en tan mezquino chiribitil, y en donde, por falta de dinero, no podía continuar su camino. Pagó su deuda a Nuestra Señora de Loreto con su *canzone*:

Ecco fra le tempeste e i fieri venti.

»La señora de Chateaubriand hizo penitencia de mi fortuna pasajera, subiendo de rodillas los escalones de la santa Chiesa. Después de mi victoria de la noche, hubiera tenido más derecho que el rey de Sajonia para depositar mi traje de boda en el tesoro de Loreto; pero nunca me perdonaré a mí, pobre hijo de las musas, haber sido tan feliz y poderoso, en donde el cantor de la Jerusalén había sido tan débil y miserable. Torcuato, no me contemples en este momento extraordinario de mis inconstantes prosperidades: la riqueza no es mi costumbre: considérame en mi viaje a Namur, en mi granero de Londres, en mi enfermería de París, a fin de encontrarme alguna lejana semejanza contigo.

»No dejé, como Montaigne, mi retrato en plata en Nuestra Señora de Loreto, ni el de mi hija, *Leonora Montana, filia unica*: no he deseado sobrevivirme; pero sí una hija, y que llevase el nombre de Leonor.»

«Espoletto.

»Después de dejar Loreto y pasar por Macerata y Tolentino que marca un paso de Napoleón y recuerda un tratado, subí las últimas escabrosidades del Apenino. La meseta del monte está húmeda y cultivada como un plantío de lúpulos. A la izquierda están los mares de Grecia, a la derecha los de Iberia, y podía verme halagado a la vez por el soplo de las brisas que había respirado en Atenas y en Granada. Bajamos hacia la Umbría caracoleando en las volutas de las gargantas exfoliadas, donde en grupos de bosque se encuentran suspendidos los descen-

Alas! regardless of their doom,
The little victims play!
No sense have they of ill to come,
Nor care beyond to-day.

«¡Ay! ¡Sin cuidado por su suerte, juguetean las pequeñas víctimas! ¡Ni prevén males futuros, ni se cuidan más que del día!»

»Volví a ver Terni con sus cascadas. Una tierra plantada de olivos me condujo a Narni: luego, pasando por Otricoli, fuimos a parar a la triste Civita-Castellana. Hubiera deseado ir a *Santa Maria di Falleri*, para ver una ciudad que no tiene más que la piel, su recinto: en lo interior estaba vacía: la miseria humana hace pensar en Dios. Dejemos pasar mis grandezas, y volveré a buscar la ciudad de los Faliscos. Desde el sepulcro de Nerón voy a mostrar en seguida a mi mujer la cruz de San Pedro, que domina la ciudad de los Césares.»

«Civita-Castellana.

»En Monte Lupo el conde Potocki se sepultó entre deliciosos laureles; pero, ¿no le siguieron los pensamientos de Roma? ¿No se veía trasladado en medio de los coros de doncellas? Yo también, como San Jerónimo, pasé en mi tiempo el día y la noche en exhalar gemidos, hiriéndome el pecho hasta que Dios me enviaba la paz. Siento no ser ya lo que he sido: *plango me non esse quod fuerim*.

»Después de pasar las ermitas de Monte Lupo, comenzamos a rodear el Somma. Yo había seguido ya este camino en mi primer viaje de Florencia a Roma por Perugia, acompañando a una mujer moribunda...

»Por la naturaleza de la luz, y por una especie de viveza de las cercanías, me hubiera creído en una de las cimas de los Alleghanis, si no fuera porque un elevado acueducto, coronado por un estrecho puente, me recordaba una obra de Roma, en que habían puesto mano los duques lombardos de Spoletto: los americanos no han llegado todavía a esos monumentos que vienen en pos de la libertad. Subí el Somma a pie junto a unos bueyes del Clitumno, que arrastraban triunfalmente a la señora embajadora. Una cabrera joven, delgada, ligera y graciosa como su cabritilla, me seguía con un hermanito suyo en aquellos opulentos campos pidiéndome la *carità*, que le di en memoria de la señora de Beaumont, de quien no se acuerdan ya aquellos sitios.

CARTAS DE LA SEÑORA RECAMIER. — LEÓN XII Y LOS CARDENALES.—LOS EMBAJADORES. — LOS ARTISTAS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Se acaba de recorrer mi diario de viaje: ahora se van a leer mis cartas a la señora Recamier, entremezcladas, como ya anuncié, de páginas históricas.

Paralelamente van también mis despachos, y aquí es donde aparecen distintamente los dos hombres que existen en mí.

A la señora Recamier.

«Roma, 11 de octubre de 1823.

»He cruzado esta hermosa comarca, llena de sus recuerdos, que me consolaban mucho, sin quitarme, no obstante, la tristeza de los demás recuerdos que a cada paso encontraba. He vuelto a ver ese mar Adriático, que crucé hace más de veinte años. ¡Y en qué disposición de ánimo! En Terni me he detenido con una pobre moribunda. Al fin he entrado en Roma. Sus monumentos, después de los de Atenas, me han parecido, como temía, menos perfectos. Mi memoria de los lugares, admirable y cruel a la vez, no me había dejado olvidar una sola piedra.

»A nadie he visto aún, a excepción del secretario de Estado, el cardenal Bernetti. Para tener con quién hablar fui

ayer al anochecer a buscar a Guerin, que pareció altamente gozoso con mi visita. Abrimos una ventana que daba a Roma, y admiramos el horizonte. Esta es la única cosa que ha quedado para mí tal como la vi: mis ojos o los objetos han cambiado, y quizá ambos a la vez.»

Los primeros momentos de mi permanencia en Roma fueron empleados en visitas oficiales. El papa me recibió en audiencia particular: las audiencias públicas no están ya en uso, y cuestan muy caras. León XII, príncipe de elevada estatura, y de aire sereno y triste a la par, va vestido con una simple sotana blanca: no tiene fausto alguno, y ocupa un gabinete pobre y casi sin muebles. Apenas come, y se mantiene con su gato con un poco de *polenta*. Conoce que está bastante enfermo, y se ve desmejorar con una resignación que participa de la alegría cristiana: de buen grado pondría, como Benedicto XIV, un ataúd debajo de su lecho. Cuando llegué a la puerta de las habitaciones del papa, un eclesiástico me condujo por corredores oscuros hasta el asilo o santuario de Su Santidad. Ni siquiera quiso que le vistieran, por temor de hacerme esperar: levantóse, y salió a recibirme, sin permitirme hincar una rodilla en tierra para besarle el extremo de su traje, en vez de su chinela, conduciéndome de la mano hasta una silla colocada a la derecha de su pobre sillón. Sentados ambos, entramos en conversación.

El lunes, a las siete de la mañana, fui a casa del secretario de Estado, Bernetti, hombre de negocios y de genio alegre: está relacionado con la princesa Doria, conoce el siglo, y sólo ha aceptado el capelo de cardenal contra su voluntad. Rehusó entrar en la Iglesia; no es subdiácono más que por nombramiento, y podría casarse cuando quisiera, devolviendo el capelo. Cree en revoluciones, y hasta llega a suponer que, si su vida es larga, verá, probablemente, la caída temporal del pontificado.

Los cardenales están divididos en tres partidos.

El primero está compuesto por los que quieren marchar con la época, y entre quienes figuran Benvenuti y Opizzoni. Benvenuti se ha hecho célebre por la extirpación de los bandoleros y por su misión en Ravena, después del cardenal Rivarola. Opizzoni, arzobispo de Bolonia, ha conciliado las diferentes opiniones en

esta ciudad industrial y literaria, difícil de gobernar.

El segundo partido se forma de los Zelanti, que intentan retrogradar: uno de sus jefes es el cardenal Odescalchi.

Por último, el tercero comprende los inmóviles, ancianos que no quieren o no pueden marchar adelante ni atrás; entre ellos está el cardenal Vidoni, especie de gendarme del tratado de Tolentino, grueso y alto, de rostro encendido y solideo atravesado. Cuando se le dice que tiene probabilidades de subir al pontificado, contesta: *Lo santo Spiritu sarebbe dunque ubriaco!* Planta árboles en Ponte Molle, donde Constantino hizo el mundo cristiano. Yo veo esos árboles cuando salgo de Roma por la puerta del Pueblo, para volver por la puerta Angélica; en cuanto me divisa el cardenal, me grita: *Ah! Ah! signor ambasciadore di Francia!*; después se enoja contra los que plantan sus pinos. No observa la etiqueta cardenalicia, y se hace acompañar por un solo lacayo en un carruaje de capricho suyo; todo se lo perdonan con llamarle *Madama Vidoni* (1).

Mis colegas de embajada son el conde Lutzow, embajador de Austria, hombre cortés: su mujer canta bien: siempre el mismo aire, y habla constantemente de *sus niños*; el sabio barón Bunsen, ministro de Prusia y amigo del historiador Niebuhr (en la actualidad estoy en tratos con él para el arrendamiento a mi favor de su palacio del Capitolio); el ministro de Rusia, príncipe de Gagarin, desterrado en las grandezas pretéritas de Roma por amores desvanecidos: si él fué preferido por la hermosa dama Narischkine, habitante un momento de mi antigua ermita de Aulnay, habría entonces algún encanto en su mal humor; domina uno más por sus defectos que por sus cualidades.

El señor de Labrador, embajador de España, hombre fiel, habla poco, se pasea solo y piensa mucho, o no piensa nada, cosa que no he podido saber a punto fijo.

El anciano conde Fuscaldó representa a Nápoles, como el invierno a la primavera. Tiene un gran cartapacio de cartón, en el cual estudia con anteojos, no los campos de rosas de Postum, sino los nombres de los extranjeros sospechosos cuyos pasaportes no debe visar. Envidio

(1) Cuando me fui de Roma me compré mi carruaje, y me hizo la honra de morir en él yendo a Ponte Molle. (Nota de París, 1836.)

su palacio (Farnesio), admirable estructura, no terminada, que Miguel Angel coronó, que pintó Anibal Carraccio, ayudado de su hermano Agustín, y bajo cuyo pórtico se eleva el sarcófago de Cecilia Metella.

El conde de Celles, embajador del rey de los Países Bajos, se había casado con la señorita de Valence, ya difunta, de la que tuvo dos hijas, que, por consiguiente, son nietas de la señora de Genlis. El señor de Celles permaneció siendo prefecto, porque lo fué: carácter que participa del de locuaz, tiranuelo, reclutador e intendente, que nunca se pierde. Al tropezar con un hombre que en vez de hablar de fanegas, toesas y pies habla de *hectáreas, metros y decímetros*, se puede decir que es un prefecto.

El señor de Funchal, embajador semi-declarado de Portugal, es rechoncho, vivaracho y amigo de hacer gestos; es verde como un mono del Brasil, y amarillo como una naranja de Lisboa; canta, no obstante, a su negra, este nuevo Camoens. Bastante aficionado a la música, tiene a sueldo una especie de Paganini mientras aguarda la restauración de su rey.

Por todas partes he visto ministros perillanos de diferentes Estados pequeños, escandalizados del poco caso que hacía yo de mi embajada: su importancia abrochada, estirada y silenciosa, caminaba con las piernas juntas y a pasos cortos: parecía que iba a reventar con secretos que ignora.

Embajador de Inglaterra en el año de 1822, busqué los sitios y los hombres que conocí en Londres en 1793: embajador cerca de la Santa Sede en 1828, me apresuré a recorrer los palacios y las ruinas, y a preguntar por las personas que había visto en Roma en 1803: palacios y ruinas encontré muchos; personas, pocas.

El palacio Lancellotti, alquilado en otro tiempo al cardenal Fesch, está ocupado actualmente por sus verdaderos dueños, el príncipe de Lancellotti y la princesa, hija del príncipe Massimo. La casa en donde vivió la señora de Beaumont, ha desaparecido. En cuanto a ella, fué a habitar su último asilo, y he orado con el papa León XII sobre su tumba.

Canova se ha despedido también del mundo. Le visité dos veces en su taller en 1803, recibéndome con el mazo en la mano. Me enseñó, con el aire más sen-

cillo y dulce, su enorme estatua de Bonaparte, y su Hércules arrojando a Liccas en las aguas: quería convencer de que podía llegarse a la energía de la forma, pero aun entonces mismo se negaba su cincel a profundizar la anatomía, y, a su pesar, se revelaba la ninfa en las carnes, y se encontraba la Hebe bajo las arrugas de sus ancianos. He encontrado en mi camino al primer escultor de mi época, que ha caído de su cadalso como Goujon de su cadalso del Louvre: la muerte está ahí siempre para continuar la eterna jornada de San Bartolomé y herirnos con sus flechas.

Pero quien vive aún, con gran placer mío, es mi anciano Bogue, el decano de los pintores franceses en Roma. Dos veces intentó abandonar sus amados campos, llegando hasta Génova; pero le faltó el corazón, y regresó a su hogar adoptivo. Yo he mirado por él en la embajada, lo mismo que por su hijo, a quien profesa el cariño de una madre. He vuelto a principiar con él nuestras antiguas excursiones, y sólo noto su vejez en la lentitud de sus pasos; siento una especie de enternecimiento volviendo a hacer el joven y midiendo mis pasos por los suyos. Nosotros no tenemos ya, ni uno ni otro, mucho tiempo para ver correr el Tíber.

Los grandes artistas, en su gran época, hacían una vida muy distinta de la que hacen hoy: clavados en las bóvedas del Vaticano, en las paredes de San Pedro, o en los muros de la Farnesina, trabajaban en sus obras maestras colgados con ellas en los aires. Rafael andaba rodeado de sus discípulos, escoltado de los cardenales y de los príncipes, como un senador de la antigua Roma, precedido y seguido de sus clientes. Carlos V se colocó tres veces en actitud de retratarse delante del Ticiano: recogía su pincel, y le cedía la derecha en el paseo, así como Francisco I asistía a Leonardo de Vinci en su lecho de muerte. Ticiano fué en triunfo a Roma, siendo recibido por el inmenso Buonarrotti: a los noventa años manejaba Ticiano con pulso firme en Venecia su pincel de un siglo, vencedor de los siglos.

El gran duque de Toscana hizo enterrar en secreto a Miguel Angel, muerto en Roma, después de haber colocado a los ochenta y ocho años la cima de la cúpula de San Pedro. Florencia, con magníficos funerales, expió sobre las cenizas de su gran pintor el abandono en

que había dejado los restos mortales de Dante, su gran poeta.

Velázquez visitó dos veces Italia, que se levantó dos veces para saludarle: el precursor de Murillo volvió a tomar el camino de España, cargado de los frutos de esta Hesperia ausónica, que se habían desprendido bajo su mano, llevándose un cuadro de cada uno de los doce pintores más célebres de aquella época.

Aquellos célebres artistas pasaban sus días entre aventuras y fiestas: defendían ciudades y castillos; edificaban iglesias, palacios y fortificaciones; daban y recibían sendas estocadas; seducían mujeres; se refugiaban en los claustros, y eran absueltos por los papas y salvados por los príncipes. Benvenuto Cellini refiere una orgía en que figuran los nombres de Miguel Ángel y de Julio Romano.

Hoy está muy cambiada la escena: los artistas en Roma viven pobres y retirados. Quizá haya en esta vida una poesía que equivalga a la primera. Una asociación de pintores alemanes ha intentado hacer remontar la pintura al Perugino para devolverle su inspiración cristiana. Estos jóvenes neófitos de San Lucas pretenden que Rafael, en su segunda época, se había vuelto pagano, y que su talento ha degenerado. Enhorabuena: ¡seamos paganos, como las vírgenes rafaescas, y que nuestro talento degenerare y se debilite como en el cuadro de *La Transfiguración!* Este pensamiento de la nueva escuela sagrada no deja de ser un error: de ahí se inferiría que la rigidez y el mal dibujo de las formas sería la prueba de la visión instintiva, en tanto que esa expresión de fe, que se nota en las obras de los pintores que preceden al Renacimiento, no proviene de que los personajes se hallen colocados derechos e inmóviles como esfinges, sino de que el pintor pensaba como su siglo. No es religiosa su pintura, sino su pensamiento; cosa tan cierta, pues la escuela española es eminentemente piadosa en sus expresiones, no obstante tener las gracias y los movimientos de la pintura desde el Renacimiento. ¿De qué procede eso? De que los españoles son cristianos.

Veamos trabajar separadamente a los artistas: el alumno escultor vive en alguna gruta bajo las verdes encinas de la villa Médicis, en donde termina su niño de mármol, que hace beber a una serpiente en una concha. El pintor habita una casa ruinosa en algún punto desierto, se le encuentra solo, tomando, a tra-

vés de su ventana abierta, alguna vista de la campiña romana. La *Salteadora*, del señor Schnetz se convierte en la madre que pide a una *madona* la curación de su hijo. Leopoldo Robert, de regreso de Nápoles, ha pasado estos últimos días por Roma, llevándose los paisajes encantados de aquel hermoso clima, que no ha hecho más que pegar a su lienzo.

Guerin está retirado, como una paloma enferma, a lo alto de un pabellón de la villa de Médicis: con la cabeza debajo de sus alas, escucha el ruido del viento del Tíber: cuando se despierta, dibuja con la pluma la muerte de Priamo.

¿Quién ha oído hablar nunca de mi amigo el señor Quecq, sucesor de Julio III en el casino de Miguel Ángel, de Vignole y de Tadeo Zuccari? Y, no obstante, ha pintado bastante bien, en su ninfea en decreto, la muerte de Vitelio.

Pinelli, entre dos embriagueces, me ha prometido doce escenas de bailes, de juegos y de ladrones. Es una lástima que deje morir de hambre a su gran perro acostado a la puerta. Thorwaldsen y Camuccini son los dos príncipes de los pobres artistas de Roma.

A veces estos artistas dispersos se reúnen y van juntos a pie a Subiaco. Por el camino pintarrajean en las paredes de la posada de Tivoli asuntos grotescos. Tal vez algún día se reconozca a un nuevo Miguel Ángel en las líneas de carbón que haya trazado sobre una obra de Rafael.

Quisiera haber nacido artista: la soledad, la independencia, el sol en medio de las ruinas y de las obras maestras, me habían de convenir. No tengo necesidad ninguna: un pedazo de pan y un cántaro del *agua felice* me bastarían. Mi vida ha estado unida miserablemente a los matorrales de mi camino; ¡feliz yo si hubiera sido el ave libre que canta y hace su nido en esos matorrales!

Nicolás Poussin compró con el dote de su mujer una casa sobre el monte Pincio, enfrente de otro casino que perteneció a Claudio Gelée, llamado *el Lorenés*.

Mi otro compatriota, Claudio, murió también sobre las rodillas de la reina del mundo. Si Poussin reproduce la campiña de Roma, aun cuando la escena de sus paisajes esté en otra parte, *el Lorenés* reproduce el celaje de Roma, aun cuando pinta buques y un sol ocultándose en el mar.

¡Que no haya sido yo el contemporáneo de ciertas criaturas privilegiadas ha-

cia las que siento atractivo en los diferentes siglos! Pero me hubiera sido preciso resucitar con bastante frecuencia. El Poussin y Claudio *el Lorenés* han pasado al Capitolio; reyes han ido allí que no valían lo que ellos. De Brosses encontró en él al pretendiente de Inglaterra; yo encontré en 1803 al rey de Cerdeña que abdicó, y hoy, en 1828, encuentro al hermano de Napoleón, rey de Westfalia. Roma, abatida, ofrece un asilo a los poderes caídos: sus ruinas son un lugar de franquicia para la gloria perseguida y los talentos desgraciados.

ANTIGUA SOCIEDAD ROMANA

Si hubiera pintado la sociedad de Roma hace una cuarta parte de siglo, como he pintado la campiña romana, me vería obligado a retocar mi retrato: no sería ya parecido. Cada generación es de treinta y tres años, la vida de Jesucristo (Jesucristo es el tipo de todo), y cada una, en nuestro mundo occidental, varía su forma. El hombre está colocado en un cuadro, cuyo marco no cambia, pero en el que los personajes son móviles. Rabelais se hallaba en esta ciudad en 1536 con el cardenal Bellay, de quien era maestra sala: su oficio era *trinchar y presentar*.

Rabelais, convertido en hermano Juan *des Entomeures*, no es del parecer de Montaigne, que casi no ha oído campanas en Roma, y de todas maneras *muchas menos que en cualquiera aldea de Francia*: Rabelais, por el contrario, oyó muchas en la *isla Sonante* (Roma), *duciendo que fuera Dodona con sus calderos*.

Cuarenta y cuatro años después de Rabelais, encontró Montaigne plantadas las orillas del Tíber, y notó que el 16 de marzo había rosas y alcachofas en Roma. Las iglesias estaban desnudas, sin estatuas de santos ni cuadros, y no estaban tan adornadas ni tan hermosas como las de Francia. Montaigne se hallaba acostumbrado a la *sombria inmensidad de nuestras catedrales góticas*; habla muchas veces de San Pedro sin describirlo, y se muestra insensible o indiferente a las artes. En presencia de tantas obras maestras, ningún nombre se presenta al recuerdo de Montaigne: su memoria nada le dice de Rafael, ni de Miguel Ángel, muerto no hacía aún diez y seis años.

Por otra parte, las ideas sobre las artes, sobre la influencia filosófica de los genios que las han engrandecido o protegido, no habían nacido todavía.

El autor de los *Ensayos* no buscaba en Roma más que la Roma antigua. «Los edificios de la Roma bastarda — dice —, que ahora se ven unidos a estas ruinas, aunque sean para admirar a nuestros siglos presentes, me hacen recordar los nidos que los gorriones y cornejas cuelgan en Francia de las bóvedas y paredes de las iglesias que los hugonotes acaban de demoler.»

¿Pues qué idea se había formado Montaigne de la antigua Roma, cuando consideraba a San Pedro como un nido de gorriones suspendido de las paredes del Coliseo?

El nuevo ciudadano romano, por bula auténtica del año 1581 después de Jesucristo, notó que las romanas no llevaban antifaz o careta, como las francesas: se presentaban en público cubiertas de perlas y pedrerías; pero llevaban *la cintura demasiado floja*, y se parecían a *mujeres encinta*. Los hombres iban vestidos de negro, y aun cuando fuesen duques, condes y marqueses, *tenían las apariencias algo groseras*.

¿No es singular que San Jerónimo notara el modo de andar de las romanas, que las hacía asemejarse a mujeres encinta, *solutis genibus fractus incessus*, de rodillas vacilantes y pasos inseguros?

Todos los días, cuando salgo por la puerta Angélica, veo una casa miserable bastante cerca del Tíber, con una muestra francesa ahumada, que representa un oso: allí fué donde Miguel, señor de Montaigne, desembarcó al llegar a Roma, no lejos del hospital que sirvió de asilo a aquel pobre demente, hombre formado a la *poesía antigua y pura*, a quien Montaigne había visitado en su *jaula* de Ferrara, y que le inspiraba *más despecho que compasión*.

Fué un acontecimiento memorable, cuando el siglo XVII comisionó a su mejor poeta protestante y a su genio más grave para visitar, en 1638, la gran Roma católica. Recostada en la cruz, con los dos testamentos en sus manos, y teniendo tras sí las generaciones culpables salidas de Edén, y delante las generaciones rescatadas procedentes del jardín de las Olivas, decía al hereje nacido de ayer: «¿Qué quieres de tu antigua madre?»

La romana Leonor encantó a Milton. ¿Se ha visto nunca que Leonor se en-